

DOS RELATOS

Juan José Rodríguez García

Licenciado en Ciencias Matemáticas por la Universidad de Sevilla. Actualmente es profesor de Informática en el IES Rodrigo Caro de Coria del Río.

Las ilustraciones son collages del propio autor.

EL SEÑOR JOHN THOMSON

“Me he perdido, se me han ido cayendo letras del libro de mi vida sin darme cuenta”

Hay tres personas en la sala, aunque podría haber más detrás de mí y yo no alcanzaría a verlas por la posición que en estos momentos ocupo, y ya llevo así mucho tiempo.

Todo parece tranquilo, creo que estoy en buenas manos. Aun estando en pleno verano, y siendo esta semana especialmente calurosa, en estos momentos me encuentro perfectamente.



Como todas las mañanas, me han ofrecido un café y, como todas las mañanas, gustosamente he aceptado, y lo han hecho de una forma muy educada, aunque cuando al que me llenaba la taza le he pedido azúcar, como todas las mañanas, éste me ha mirado desde unos ojos azules, casi celestes, de una forma que ha bastado para que me callara, como todas las mañanas. Este es Teo, lo llamo así porque es pelirrojo con unas enormes orejas, dos.

Estoy cómodo, no me quejo, pero a veces se me hace fastidioso estar aquí tumbado. Además, el tener las manos inmovilizadas y atadas a los costados de la cama no me agrada, no quiero decir nada porque estos tipos son realmente

amables conmigo, incluso, y siempre guardando las distancias, les estoy cogiendo cierto aprecio. Y no quiero que se me malinterprete, pero creo que yo a ellos también les caigo bien. En otras circunstancias podríamos entablar una conversación distendida los cuatro, incluso me imagino que los cuatro podríamos quedar para cenar en un tranquilo restaurante, con unas bonitas velas iluminando un mantel blanco, con ese típico blanco de tela de mantel de tranquilo restaurante, ya me entendéis.

-¿No va a terminarse usted el café? –me pregunta Plik.

-Sí, claro, sí... claro, estoy disfrutando un montón. Me recuerda mis días de la Habana, bueno... quiero decir a mis días de mis últimas vacaciones. Es que estuve en Cuba, fui con mi mujer y el pequeño, ella no quería volver de allí, ya sabe como son las mujeres, quiero decir... bueno, ya me entiende, je, je, je.

¡Huf! respiro profundamente. ¡Ah!, no sé que me ocurre pero siempre se me olvida que no debo hablar tanto con ellos, ni tan siquiera con Plik. ¡No!, ¡con Plik con el que menos!

Es gracioso, si supiera que lo llamo Plik, el no dudaría en partirme la cara, no lo digo de forma figurada, como oyen, me la partiría bien partida. ¡Ja! pues no tiene mala leche Plik ni ná. Bueno, mejor digo mal carácter, porque en el fondo me cae bien y además es una buena persona. No es que hable mucho conmigo, pero lo noto, en el fondo es un buen tipo. Es de esas cosas que no se sabe porque se saben pero se sabe.

Incluso un día soñé con él, estábamos jugando un partido de tenis, yo bien equipado, con buena ropa, de marca, tipo Nadal vamos, pero Plik, con lo gordo que está, iba con esmoquin negro muy apretado, sus zapatos blancos que usa normalmente aquí, y en vez de raqueta devolvía mis golpes con un violín, ¿se lo imaginan?. Y lo más curioso es que devolvía casi todos mis golpes, ¡y con una elegancia!

-Bueno, ¿se va usted a terminar el café o no se lo va a terminar? -me inquiera de nuevo Plik.

-Sí claro, disculpe, ya termino, claro, sí, sí..., muchas gracias, muy bueno, gracias, sí.

¡Será gilipollas el tío!, si no estuviese atado, tú sí que te ibas a tomar esta mierda de café que me pones, y encima sin azúcar, ¡pedazo de cabrón!

-¡Uhm!, buenísimo de verdad, es plenamente satisfactorio para mí, una delicia, estoy muy agradecido, claro que sí, je, je, je, ... buenísimo.

Y es cierto, este momento es uno de mis preferidos. Aunque lo tenga que tomar chupando con una pajita de la taza de plástico que está en mi mesita y amargo como hiel, aún así, me resulta el momento mejor del día.

Algunas veces pienso que cuando salga de aquí me gustaría quedar para tomar café con ellos, también con Plik, mejor dicho con Plik el que más, es mi preferido, ¿lo he dicho ya?, pues sí, es mi preferido aunque tenga a veces ese mal humor.

-¿Cómo se encuentra usted esta mañana?

Este que pregunta es El Enano. Le llamo El Enano sin ganas de faltar y, claro está, nunca me dirijo a él por ese nombre. A los tres los llamo de usted, aunque bien podría llamarles por su nombre porque lo llevan escrito en

sus batas, pero un día a uno de ellos lo llamé por su nombre –no recuerdo a quién, creo que fue a El Enano- y se molestó muchísimo conmigo, no me lo dijo pero sé que se molestó. Quizás no leí bien su nombre, o no lo pronuncie bien o..., bueno no me acuerdo, el caso es que no me importa. Para mí es El Enano y eso es suficiente.

Lo más curioso es que El Enano es casi igual de alto que yo, es más si me apuran diría que es el más alto de los cuatro, pero un día pensé en llamarlo por ese nombre y ya se quedó con él, creo que no es...

-Que-como-se-encuentra-hoy, le estoy preguntando

-Bien, je, je, muy bien, estoy realmente bien, claro.

El Enano es así, siempre molestando y siempre...

-Bueno señor Thonson –dice El Enano.

-Jhonson –contesto yo.

-¡Thonson! –grita El Enano.

-No, Jhonson, disculpe, me llamo Jhonson, ¡con J!

-¡Otra vez con eso! –vuelve a gritar- Señor Thonson ya hemos hablado muchas veces de esto y usted se llama Thonson, T-H-O-N-S-O-N, Thonson no Jhonson.

-Vale, vale, al fin y al cabo qué más da Thonson que Jhonson, solo es una letra, je, je. Tan poco es para tanto, creo que...

-¡Vale ya! –grita Plik

-Sí, sí, de acuerdo, como usted diga.

A Plik no le puedo llevar la contraria, la última vez que intenté llevar una conversación coherente con él, se puso de un rojo que me asustó. Ya ven, sin embargo El Enano cuando se enfada conmigo toma en su rostro un color ceniza parduzco, nada favorecedor por cierto.

-Bueno señor Jhonson, digo señor Thonson –dice El Enano- hoy traemos buenas noticias para usted.

Me quedo con la boca abierta, ya me conozco yo las buenas noticias de estos tres, la última que me dieron es que iban a mejorar mi apetito con un nuevo método ecológico de lavativas a base de aceite de ricino, ¡valientes cabrones están hechos estos tres!

-Sí, buenísimass noticiass –repite Teo.

-¿Siii? –sale tímidamente de mi boca, pero lamentablemente también con un poco de salivilla que rocía a El Enano en sus gafas.

-Si señor Thonson, definitivamente son buenas noticias para usted –dice El Enano, disimulando mi efluvio líquido, aunque se le ha puesto la cara parduzca y poco favorecedora.

De nuevo empieza a picarme, la maldita etiqueta del pijama, como si hormigas diminutas comenzasen un desfile conmemorativo en honor a su amada reina, así siento ahora mi cuello, pero no quiero que se me note en la cara, intento pensar en otra cosa. Miro la boca de Plik y observo que se abre y cierra, me está hablando, no me cabe la menor duda, aunque no sé lo que me dice o me quiere decir o intenta decir. El bueno de Plik es así, habla mucho aunque yo lo escucho poco. Y el caso es que me gusta su voz, esa cadencia en las palabras, ese acento tan refinado. Se ve que ha recibido desde pequeño una

buena educación. Algunas veces pienso que me hubiese gustado de compañero de pupitre y no que tuve al tonto de Snow sentado al lado y sorbiéndose a cada momento los mocos. Sí, sin duda alguna me hubiese quedado con Plik si me hubiesen dejado elegir, pero no fue así, me toco Snow y durante nueve años tuve que soportar sus profundas aspiraciones nasales y todo solo porque teníamos el mismo apellido.

-...esa es la sorpresa que le teníamos reservada para esta mañana – alcanzo a escuchar a Plik decir.

- Claro –contesto yo por decir algo.

El desfile está en pleno apogeo, debe haber llegado la Reina madre o alguna hormiga importante a la que rendir honores. Me dan ganas de pedirles que me corten la etiqueta aunque no quiero molestar mucho, al fin y al cabo ellos se portan muy bien conmigo para estar pidiendo favores, pero ahora la parte de atrás de mi cuello es un hervidero de picores diminutos.

-¿Se está usted enterando bien? –pregunta Teo con ese sobado acento de persona con poco mundo.

-Sí, sí, claro... ¡ejem!, perfectamente.

-Pues ahora le vamos a soltar las correas y dejarle las manos libres – explica Plik

- ¡Vale, Ar! – grito yo

No he podido evitarlo, he gritado y no debo hacerlo, a ellos no les agrada mucho, me he dado cuenta. A mí me gritan muchas veces y en cambio si es al contrario ellos lo encajan muy mal, supongo que es cuestión de gustos.

En cuanto noto las manos liberadas, y sin poderme contener, arraso con todo. No me paro a pensar en las consecuencias de mi acción. Todos los que allí estuviesen reunidos en tan feliz día de conmemoración no son importantes para mí y por eso me rasco el cuello como si es lo último que pueda hacer en esta vida. El desfile de hormigas queda aniquilado por fin.

-Parece que le estaba picando el cuello –sonríe El Enano.

-No, ¡ejem!, no... es que son manías que se tienen, ya saben, ... eso, no, no, no me picaba, no.

LA SEÑORA QUE CRUZA LA CALLE



La señora que cruza la calle va cargada de bolsas que señalan su mano. La sigue pertinaz el carro enganchado a los dedos de la otra. El cabello ensortijado en bucles de cursi querubín desaliñado.

Va derramando su mirada hacia adelante. No cuesta nada. Sin preocupación de lo que ve. Demasiados gastos este mes. Los dientes apretados dentro de una boca de labios mal perfilados.

A las siete de la mañana todos los días. Mirada rápida al espejo. Esa arruga no estaba ayer o tal vez sí. Antes seguro que no. Toques ligeros con el cepillo, atrás, adelante, atrás otra vez. Mejor lo deajo.

Una gota en la mejilla. Esparcidas por el cemento otras compañeras de nube. Viene bien esta agua para el campo. ¿De quién? A los pájaros no les viene mal, me parece, no entiendo mucho de eso, ¡ni de nada!, decía mi difunto. Murió en su plenitud algunos me dijeron. No lo conocían.

Se queja. Chirría la rueda otra vez. Él también se quejaba. No le echo cuenta, ya estoy casi en casa. No pienso comprar otro carro. Cada vez pienso menos en él.

Es muy tarde, desde que nació se me hizo tarde, me di cuenta hace mucho, ahora más. Me costó demasiado. Chirriaba desde el principio, como él.

Me lleva siguiendo desde que salí del mercado. Cuando yo me paro él se para. La distancia que mantiene es prudencial. He comprado hoy un buen hueso para el cocido. Como saben estos animales. Está en la carretera y con la cara más triste que ahora, también más delgado. Será parte del asfalto, no se distinguirá de él.

Ya no está, mejor, no soporto la desdicha. La mía porque no me queda otra, a base de costumbre. Él tampoco. Mejor.

Cada vez me pinto menos. Me cepillo peor el pelo. Quizás alguien me mire con los mismos ojos que hace un momento yo lo miraba. De nada le ha servido, a mí menos. No le auguro un buen futuro a ese perro, lo veo ya al pobre aplastado.

Tienda nueva. Esa blusa blanca es igual que la que tuve. Por aquí entonces todavía no me había casado con él. Cómpratela me insistió. En esa fiesta me la manché. ¡Iba tan guapa! Sé que despertaba el deseo de los chicos, la envidia de alguna amiga y sus celos. Justo hasta ese botón la abría siempre, cuando entraba en casa, al de más arriba. Mi padre era bueno a su manera, siempre lo quise hasta que me enteré. Yo creía que eran solo los gritos. No contaba nada por vosotras, nos decía mi madre. Yo a verla siempre muy maquillada estaba acostumbrada.

Tiene buen precio aunque no me sentará como la otra. Aún tengo buen cuerpo pero el alma también cuenta en esto.

-¡Le sienta de maravilla!

Es muy joven, debe de haber empezado a trabajar hace poco. Me agrada. Estaría mejor sin maquillaje. Deberían prohibir el maquillaje. Dicen que se preocupan pero, de esto que es importante, no.

-Me la llevo –nunca me doy ningún capricho.

El carro sigue pesando detrás y las bolsas cada vez más clavadas. No se me va de la cabeza ese perro. Ahora estoy más animada. Me he acordado de esa canción que tanto me gustaba y que pusieron en la fiesta. Creo que todo puede cambiar. Todavía soy joven. Voy a llamar a Carmen. Saldré. Podría ir a la peluquería. Él pensaba que era tirar el dinero. ¡Estoy deseando estrenar mi blusa nueva!

La mujer salió presurosa de la tienda. Iba cargada con bolsas. Se la veía feliz y dichosa. Un día hermoso y claro de otoño. Cruzó la calle sin prestar atención, iba en su mundo. El camión la embistió a gran velocidad y pasó por encima. Nada se pudo hacer por ella. Alguien pensó que si la dejaban allí formaría parte del asfalto y en pocos días no se distinguiría de él.